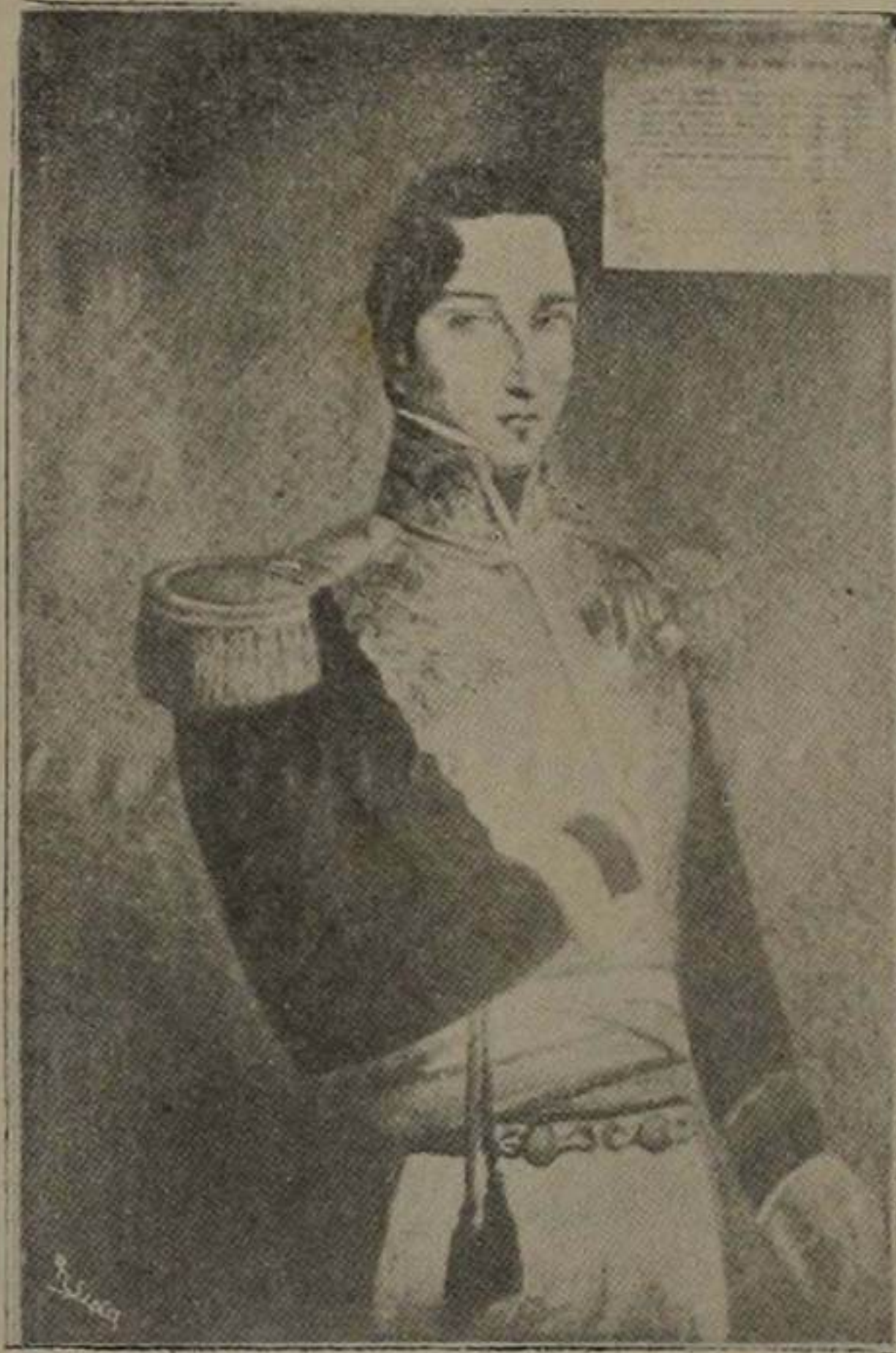


# Córdova, discípulo de Serviez

=Fragmento del artículo *Serviez, el maestro de Córdova*. De *Lecturas Dominicales*, Bogotá, 2 de noviembre de 1924=

...Dada esta somera reseña sobre la figura militar de Serviez, volvamos a su profesorado en la Escuela de cadetes de Antioquia y a su discípulo de milicia, José María Córdova. Este cadete, niño de 15 años, fué el predilecto de Serviez: por sus gallardías personales, por sus aptitudes marciales, por su carácter valiente y franco hasta la brusquedad; y la alta escuela, la escuela clásica de los militares de la Revolución y del Imperio dignamente representadas por Serviez, dejaron profundas huellas en el espíritu y la mente del joven Córdova, que más tarde, en los campos de batalla de todo un continente, habrían de revelarse por golpes geniales de valor e intuición militares. No nos cabe duda alguna de que el Teniente Coronel Manuel de Roergas Serviez, infundió con su palabra de fuego y sus ejemplos de heroísmo en el ánimo de su discípulo y luego ayudante de campo las mejores inspiraciones del guerrero galo, el mejor concepto del deber militar, y la suprema arrogancia del hombre que ha sabido desafiar y vencer toda situación adversa y que no ha conocido los minutos crueles de los desfallecimientos cobardes.

El mismo idioma francés fué enseñado por Ser-



Gral. don JOSÉ MARÍA CÓRDOVA

*Americano*, de San José de Costa Rica, en su número del 29 de setiembre.

La pintura que en ese documento se hace del régimen de libertad en el Perú de estos mismos días dista bastante, de ser cierta, del sentido ideal de Ayacucho. En él se nos habla de la deportación del maestro de la juventud, Víctor Raúl Haya; de la expulsión de una veintena de estudiantes de una Universidad por haber protestado contra la prisión de Haya; de la supresión de cinco o seis revistas de vanguardia; de la suspensión de los derechos de asociación y reunión; del encarcelamiento de numerosos estudiantes en la isla de San Lorenzo; de la clausura de las Universidades de Jauja, Trujillo y Huacho; de más de cien deportados, la mayoría intelectuales, etc. Estos y otros sucesos han sido condenados públicamente por el ilustre hombre de gobierno mexicano José Vasconcelos y por el notable escritor argentino José Ingenieros.

viez a Córdova, de tal manera que en la pasividad de las guarniciones, en las penosas marchas al través de las interminables estepas de los Llanos de Venezuela, en las difíciles ascensiones a las nevadas cumbres de los Andes, y aun en los delirios de cruel enfermedad, el joven guerrero colombiano alegraba los momentos de la vida, aliviaba las penalidades de la lucha, o deliraba febril con las canciones marciales o eróticas aprendidas en la lengua y de los labios mismos de aquel veterano de las guerras de Italia en días gloriosos en que llevara su caballo indómito como húsar del amor y de la muerte al través de los campos de las más memorables batallas napoleónicas.

«Me dicen que cantaba muchas canciones de Araure y francesas» (1). A aquellas canciones francesas agregaba Córdova las aprendidas entre sus compañeros del Llano, en aquellas trágicas campañas de la guerra a muerte; música de Casanare y del Apure, música criolla, apasionada y doliente, sugestiva y sensual, nacida entre los anhelos y padeceres del soldado errante en la inmensidad salvaje que cruzan el Orinoco y sus afluentes!

R. BOTERO SALDARRIAGA.

Un estado social así tiene que menoscabar forzosamente la significación de libertad con que debe investirse el centenario de Ayacucho. Los intelectuales hispanoamericanos no pueden solidarizarse con el Gobierno del Perú mientras duren las actuales circunstancias. Creemos que el Presidente Leguía haría obra de buen gobierno devolviendo la libertad a cuantos, por motivos ideales, la han perdido en el Perú, y restaurando los derechos de ciudadanía inherentes a toda democracia. No en son de censura, sino de amistoso consejo, escribimos estas líneas, inspiradas en un profundo sentimiento de hispanoamericanismo liberal. Si así obrase, ésa sería la mejor corona para los muertos en Ayacucho por la libertad de América, y todos llevaríamos a ella, sin reservas entonces, nuestra mejor flor de cordialidad hispanoamericana.

(1) *Archivo Santander*. Tomo IV, páginas 80 y 81.